

JULIO BARCOS, EL INSPECTOR ANARQUISTA

POR GABRIEL MURO¹

RESUMEN

Julio Barcos fue un pedagogo anarquista de principios del siglo XX. Su trayectoria ecléctica lo llevó a fundar y dirigir escuelas liberarias a la vez que a ejercer como inspector de escuelas para el Consejo Nacional de Educación. Aunque sus escritos se encuentran parcialmente olvidados, Barcos fue uno de los mayores escritores de ensayo crítico en contra del régimen pedagógico argentino. Defensor acérrimo del derecho de los niños y las mujeres, su pensamiento, apasionado y anti-dogmático, cobra hoy renovada actualidad a la luz de las transformaciones del dispositivo escolar.

PALABRAS CLAVE: Julio Barcos, Anarquismo, Pedagogía

¹ Sociólogo y co-editor de la revista Espectros.

“ Vivir es obrar; y es reformarse; pues como dice Rodó: “nuestro yo esta incesantemente sobre el yunque del perfeccionamiento”. Es, en suma, acomodar el ritmo de nuestra inteligencia al de nuestras acciones”

Julio Barcos, La Felicidad del pueblo es la suprema ley

LA ESCUELA SIN DIOS

Poco cuentan ya la gesta patria, la educación cívica o la escarapela. La escuela ya no es tanto el espacio disciplinario de una determinada “ortopedia social”, sino la transmisión funcional de saberes modulares para la pura vida productiva. El que no aprende ya no es castigado por el profesor, simplemente tendrá que vérselas en el futuro con las consecuencias laborales de su renuencia a saber, con su in-competencia.

Pero las escuelas argentinas de entre fines del S.XIX y principios del XX eran muy diferentes. Venían a asentar el proceso de creación de trabajadores argentinos. Laica, gratuita y obligatoria, la escuela argentina ejecutada por la generación del ochenta era una maquinaria gigantesca destinada a marcar en el corazón de niños y niñas el sello de la pertenencia al espacio nacional. La enorme afluencia de inmigrantes hizo necesaria la puesta a punto de un mecanismo de integración social y de homogeneización capaz de dirigir los peligros que para el Estado naciente implicaba la dispersión cultural. La escuela argentina fue el gran “crisol de razas”, un verdadero horno de fundición en el que se introducía desarraigo para extraer ciudadanos normalizados. Escuelas secularizadas que sin embargo dan lugar a una “religión cívica”, en donde se tratará de celebrar la nueva mitología nacional.

El Consejo Nacional de Educación, creado en 1886, junto con la instauración del servicio militar obligatorio en 1901, fueron las dos instancias fundamentales por los que habría de realizarse el modelamiento de la argentinidad, la inscripción en los cuerpos de fechas patrias, héroes de la independencia, himnos a repetir diariamente, orientados a hacer nacer, por las buenas o por las malas, el amor a la bandera.

UNA ESCUELA LIBERTARIA

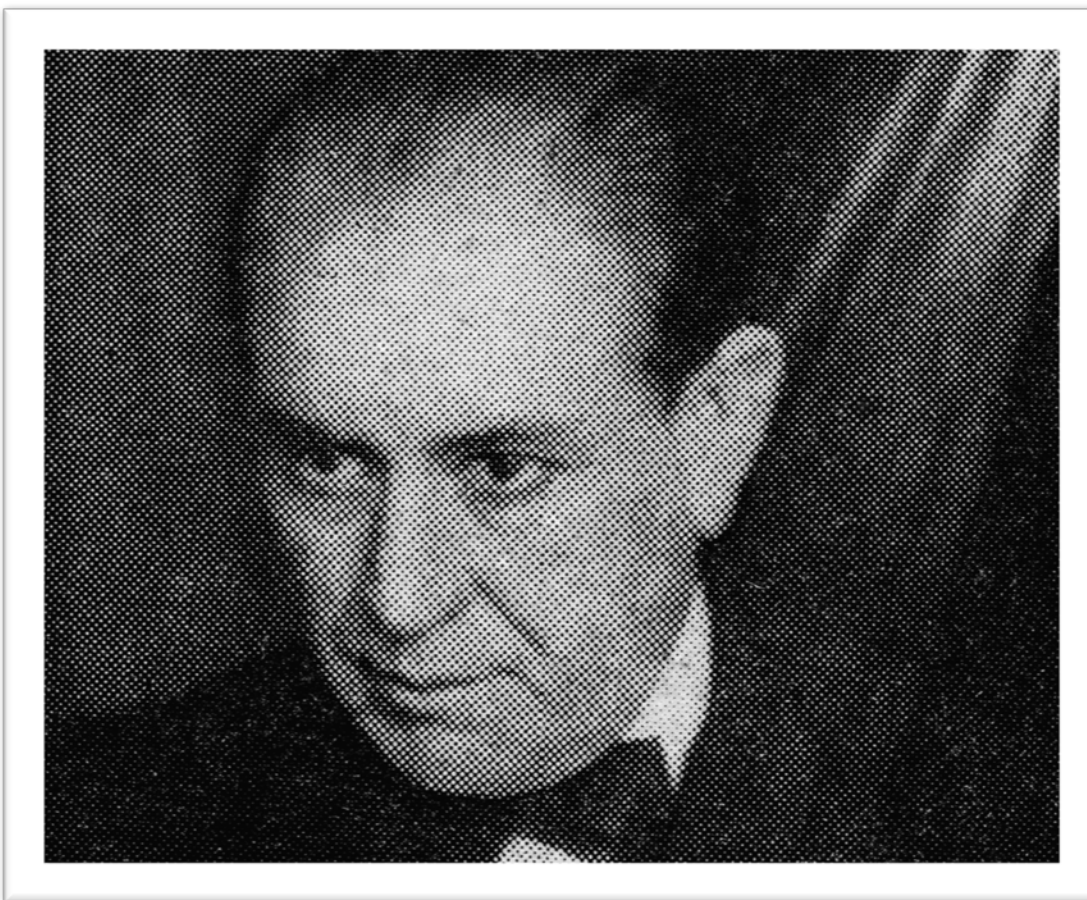
Contra el dispositivo escolar fueron dirigidos algunos de los más venenosos dardos de los anarquistas de principio de siglo XX. El anarquismo era el reverso exacto de todo aquello que las instituciones estatales se proponían conjurar, el gran fantasma contra el que había que aplicar todo el rigor de los rituales de institucionalización de un sentimiento nacional. Los anarquistas solían ser extranjeros, librepensadores y autonomistas.

Una de las figuras fundamentales del naciente dispositivo escolar era el inspector de escuelas. Su función era recorrer los establecimientos escolares de todo el país, atravesando largas distancias para vigilar y observar que se cumpliesen las normativas dispuestas por el aparato central.

Entre estos inspectores de escuela de principios del siglo XX, encontramos a un singular personaje: escritor de manifiestos rabiosos, Julio Barcos fue una de las grandes plumas del pensamiento libertario argentino. Mientras que por un lado trabajaba comisionado por el Estado para

realizar la vigilancia del régimen escolar, simultáneamente escribía furiosos manifiestos anti-escolares, dictaba conferencias y fundaba escuelas libertarias. Dice Barcos: “*Libertar al niño de la opresión del método, el programa, la autoridad del maestro, los exámenes, es liberarlo del espíritu de rebaño, salvarlo de la uniformidad y la rutina que matan las condiciones asimilativas y creadoras de la inteligencia*”.²

Julio Barcos fue una figura de gran espesor en la escena intelectual de su tiempo, y sin embargo, hoy se encuentra prácticamente olvidado. Apenas se lo menciona en algunas investigaciones académicas dedicadas a recordar la historia de la pedagogía argentina. A pesar de éste desvanecimiento, sus fervorosos textos pueden rastrearse fácilmente en las principales bibliotecas públicas.



Julio Barcos

Julio Barcos nació en 1883. Colaboró desde muy joven en el periódico anarquista La Protesta y en la revista Ideas y Figuras. Profundamente influido por las corrientes libertarias de pedagogía racionalista, en 1907 se hace cargo de la escuela Laica de Lanús y en 1908 funda la Escuela Moderna

² La felicidad del pueblo es la suprema Ley. pág.25

de Buenos Aires. El recorrido político e intelectual de Julio Barcos fue siempre trashumante. Reunía en sí al pedagogo anarquista y al inspector de escuelas normales. Más tarde, con el ascenso del yrigoyenismo, habría de pasar del anarquismo al radicalismo. Más allá de las definiciones ideológicas, el olvido de Julio Barcos es el olvido de una forma de ser en que dista tanto del académico, del militante de base, del funcionario leal o del más reciente “gestor público”. Se trata del agitador social que se vale de la palabra para conmocionar el debate político y diseminar sus ideas. Julio Barcos escribió algunos de los ensayos más urticantes de la argentina de principios del siglo XX.

Pese a su persecución por parte del aparato represivo estatal, valiéndose de la Ley de Residencia, del estado de sitio, y del control centralizado de la educación a través del Consejo Nacional, las escuelas libertarias, en la primera década del XX, no dejan de proliferar. La persecución alcanza su ápice en 1910, al calor del centenario, cuando se decreta la Ley de Defensa Social, que intensificará la represión de las organizaciones anarquistas y diezmará sus escuelas, levantadas al margen y en contra del aparato educativo oficial.

El primer antecedente de la educación libertaria (sin mencionar a Rousseau) puede rastrearse en las ideas de Joseph Jacotot, el pedagogo francés rescatado del olvido por Jacques Rancière en su libro *El Maestro Ignorante*.³ Jacotot, revolucionario francés exiliado en Bélgica luego de la Restauración, enseñaba a leer y escribir con la sola herramienta de un libro de texto, sin maestro explicador que iluminase el camino. El principio fundamental del pensamiento de Jacotot consistía que todas las inteligencias son iguales, no hay desigualdad de las mentes. Prueba de ello es que todo niño aprende a hablar por su propia cuenta, imitando, relacionando y comprendiendo la articulación de sonidos que provienen del afuera parental. El embrutecimiento de las inteligencias se produce en la experiencia y no antes de ella. Existe el peligro de una educación embrutecedora, en donde el proceso de transmisión de saberes no deja de acrecentar la brecha entre los que saben y los que no saben: “*no hay hombre en la tierra que no haya aprendido algo por sí mismo y sin maestro explicador. Llamamos a esta manera de aprender “enseñanza universal”*.”⁴ El maestro emancipador es la contracara del maestro explicador. El maestro explicador enseña lo que sabe, pero el maestro emancipador también es capaz de enseñar lo que ignora, siempre y cuando *emancipe* al alumno, forzándolo a usar su propia inteligencia. Solo si el maestro está emancipado él mismo, solo si cree en la igualdad de las mentes, entonces podrá emancipar al alumno, posibilitando el despliegue de sus propias potencias pensantes. El maestro no emancipado, el maestro de la sujeción, el maestro normalizante, es aquél que, mediante un doble movimiento, transmite saberes y al mismo tiempo mantiene la desigualdad entre el alumno y el saber, evaluado, certificado y aprobado en su inteligencia.

Para los anarquistas, el niño no debía ser objeto de la formación oficial, había que sacarlo de la escuela, liberarlo de una trampa que le impedía realizarse como sujeto autónomo. Julio Barcos, en su incendiario libro *Cómo educa el Estado a tu hijo* es claro al respecto. El lema o subtítulo del libro es: “*felices los pueblos que no transfieren a sus amos la dirección espiritual de sus hijos*”. Se trata de un texto explosivo que interpela a la conciencia anestesiada de los padres que envían despreocupadamente a sus hijos a la escuela: “*Y esta antinomia entre el niño que lleva dentro de sí la levadura espiritual del futuro, y del dómine magister de mentalidad regresiva que se empeña en hacer*

³ Jacques Rancère, *El Maestro Ignorante*, Libros del Zorzal, 2007

⁴ *Ibíd*, pág. 31

de él un calco pálido de generaciones difuntas, revelan el crimen de la educación oficial y la complicidad tácita que existe entre el hogar y la escuela, para irle arrebatando de generación en generación las mejores energías mentales a nuestra inteligente raza criolla".⁵ Este texto, sin embargo, es de fines de la década del veinte, momento en el cual Barcos ya había abandonado completamente la intransigencia anarquista. Para esta época, se encontraba trabajando en el Consejo Nacional de Educación. Es que Julio Barcos ocupó una posición ambigua en las trincheras anarquistas. En él convivían el reformismo y el autonomismo, el defensor de una burocracia eficiente con el más profundo desprecio por los mecanismos de domesticación estatal.

Hay una esperanza para la civilización libertaria con la que sueña Barcos. Son los niños y el amor que por ellos persiste, a pesar de las nuevas servidumbres que trae consigo la civilización técnica. Su pasión por la educación encuentra plena justificación: en ella reposa la promesa de la Ilustración, la posibilidad de un futuro luminoso. Pero la persistencia de este amor por los niños no es un asunto fácil, por el contrario, es el lugar donde se perpetúan también los peores focos de dominación y oscurantismo.



Escuela argentina a principios del siglo XX

⁵ Cómo educa el estado a tu hijo. pág. 10

Barcos no cuestiona la obligatoriedad de la escuela pública en sí misma y su compulsión de escolarizar los hijos de la patria. Reivindica como revolucionaria la conquista de la educación popular y escribe un ardoroso libro en homenaje a Sarmiento titulado *El Civilizador*. Sucede que en Barcos hay una teoría de la decadencia de la institución escolar y de sus mandarines: “*Preciso es confesarlo: el normalista que hace 30 años fue aquí superior al universitario, al convertirse en un agente propulsor de las ideas liberales y avanzadas en el país, sufre ahora un enorme, un desesperante retardo intelectual con relación al crecimiento de la cultura general del pueblo argentino*”.⁶

Como Educa el Estado a tu Hijo es un texto de fines de la década del veinte, ya lejos del momento fundacional de la educación popular. Es un balance de la experiencia de la escolaridad pública. Las conclusiones son demoledoras. La vitalidad del proyecto de educación masiva ha quedado trunco, ha sido malograda por el parasitismo, la ineptitud y el terror a la innovación de pedagogos y magistrados: “*más han hecho por la evolución y el progreso de nuestros instrumentos culturales los estudiantes que en un arresto de entusiasmo juvenil promovieron la reforma universitaria, que toda la saliva gastada por los profesores del Estado durante 50 años de congresos pedagógicos*”.⁷

EL NIÑO ESCLAVO

¿Quién es el niño de Barcos, aquél infante al que quiere liberar del yugo estatal y paternal?: “*En la sociedad actual hay tres esclavos: el proletario, la mujer y el niño*” *Al primero lo esclaviza el Capital, a la segunda, el hombre, al tercero, ¡todo el mundo!*”.⁸ Si bien los tres padecen la explotación económica, la esclavitud de niños y mujeres la sobrepasan a través de la explotación moral. Habría una triple imbricación entre la lucha de clases, la guerra de los sexos, y la tiranía que ejercen los mayores sobre los niños. Para Barcos, estos son los tres problemas fundamentales de la sociología moderna.⁹

Sucede que los adultos no comprenden a los niños porque han olvidado completamente al niño que fueron. De ese niño pretérito, solo quedan fragmentos parciales, trizas de la memoria oscurecidas retrospectivamente por las frustraciones de la adultez. Con bisturí de psicólogo, Barcos interpreta que la necesidad de los adultos de domesticar, moldear y dar órdenes a los niños parte del exilio fatal de los adultos en relación a su propia infancia.

Barcos le dedica una obra entera a la educación femenina. *Libertad Sexual de las Mujeres* es un texto incisivo publicado en 1915. La obra comienza planteando que hay tres temas fundamentales en la vida: la religión, la política y el amor. La religión es la pregunta por el lugar del ser humano en el cosmos, la política es la pregunta por el lugar del ser humano entre sus semejantes, y el amor, para un Barcos encendidamente darwinista, es la pregunta por la reproducción y la evolución de la especie: “*es la carrera de la humanidad nacida del pitecántropos, que saliendo de las cavernas y recorriendo su camino de perfección a través de los siglos, llegará un día a producir el súper-hombre, y por consiguiente, la súper-mujer; y, en consecuencia, una super-civilización.*”¹⁰ En este texto de Barcos,

⁶ *Ibíd.* Pág.10

⁷ *Cómo educa el estado a tu hijo.* Pág.12

⁸ *Ibíd.* pág. 25

⁹ *Ibíd.* Pág. 26.

¹⁰ *Libertad sexual de las mujeres.* pág.8

más que en cualquier otro, se dan cita el darwinismo y el biologicismo, el vitalismo y la diatriba libertaria, mezcolanzas típicas del anarquismo de principios de siglo.

El fundamento de la educación de las mujeres es la libertad sexual. Hay un resabio de barbarie en el negarle toda autonomía a la mujer en materia sexual. Esta barbarie se expresa en lo que Barcos denomina una “*himenolatría*”: el fetichismo de la virginidad femenina. La dominación masculina pretende la monogamia para la mujer y el adulterio para los hombres. El fetichismo de la pureza femenina, sin embargo, es al mismo tiempo la perdición del hombre, que se hunde en el miasma de los celos: “*libertar a las mujeres es sin embargo libertarnos a los hombres de la más irracional de las sanciones que pesan sobre nosotros: la que nos convierte en grotescos personajes de la opereta del honor*”.¹¹ La neutralización de la sexualidad femenina por los hombres es una pesada carga que requiere de una permanente vigilancia y de una incesante revisión de los humores y más mínimos gestos de la novia o la esposa. La inquietud y los celos enfermizos son el precio que el hombre padece en tanto celador de la sexualidad femenina.

“Hay una esperanza para la civilización libertaria con la que sueña Barcos. Son los niños y el amor que por ellos persiste, a pesar de las nuevas servidumbres que trae consigo la civilización técnica.”

Barcos, como Sarmiento, insiste en el rechazo de la herencia hispánica, católica, y también musulmana, en donde las mujeres son particularmente sometidas al más estricto régimen de propiedad masculina. Encuentra en la cultura cristiano-caballeresca los orígenes de la violencia hacia la mujer. El culto hispánico-caballeresco de la “dama” y del amor cortés es en verdad el desprecio por la mujer de carne y hueso. El honor masculino en materia sexual es “*el honor del pirata, que teniendo por profesión el robo, no consiente bajo ningún pretexto en dejarse expropiar por sus colegas (...) El pícaro y el guardia civil conviven, pues, psicológicamente, en el alma de Don Juan*.”¹² El hombre resulta así un personaje tragicómico, desdoblado, mujeriego a la vez que el más receloso guardián de su mujer.

Barcos se cruza y a la vez se diferencia de Sarmiento. No basta, solamente, con integrar a las mujeres, en condición de igualdad, al sistema educativo. La verdadera emancipación femenina es anterior y simultánea. Se trata de liberarla de todas las formas de la propiedad sexual.

El único culto aceptable por Barcos es el culto de los niños. Pero no se trata ni de infantilismo ni de regresión. Se trata de una inversión de las relaciones de poder. El niño no es de nadie, ni de la familia, ni del estado, ni de la iglesia. Es un propietario de sí mismo.¹³ Son mucho mayores los deberes de los padres con los niños que los de los niños con sus mayores. En lugar de adiestrar al niño para volverlo un cultor de toda clase de fantasmas sociales, Barcos arroja su antídoto:

¹¹ *Ibíd.* pág. 12

¹² *Ibíd.* pág. 82

¹³ *Ibíd.* pág. 34.

es la sociedad la que debe hacer un culto del niño ya que él encarna el porvenir. Entraña una promesa y al mismo tiempo una amenaza. La estatización instrumental de la infancia procura erradicar por todos los medios la promesa incierta del niño, prever su desarrollo y sus futuras adaptaciones. El niño es modelado a imagen y semejanza de sus mayores, negando la diferencia que el niño trae consigo: “*Educación es lo contrario a criarse en las creencias de nuestros mayores*”.¹⁴

Las disputas en torno de los niños son disputas por el porvenir. Para una sociedad retardataria, estancada y tradicionalista, el niño es un esclavo del pasado, una *tabula rasa* sobre la que imprimir los rasgos seguros de la previsibilidad, un ser sobre el que reconocer no solo las facciones de los padres, sino también las facciones del Estado.

La educación pública puede ser un instrumento de liberación o un instrumento de opresión. En Barcos no se trata de abolirla, sino de politizarla sin miramientos, interrogando siempre por los sombríos detentadores del monopolio de la educación, derribando a los ídolos por los que en cada época se realiza “*el holocausto de la infancia*”.¹⁵

Finalmente, la pregunta por la educación de los niños no se resuelve solamente en relación a un ideal utilitarista. Aquí sobrevive también el vitalismo estoico y anarquista de Julio Barcos: la educación se liga a un arte de vivir y no a la fábrica de ciudadanos obedientes: “*el arte de vivir es anterior y superior como fenómeno de sociabilidad humana al arte de educar y al arte de gobernar. El arte de vivir es el motivo y la finalidad de toda cultura*”.¹⁶ Pero el arte de vivir nada tiene que ver con el confort, el refinamiento y el “buen gusto”. Es un arte político: “*¿Qué es entonces el arte de vivir? Sin hacer recetas infalibles arriesgaría esta definición amplia: el arte de ser feliz siendo completamente libre*”.¹⁷

Obras disponibles de Julio Barcos:

“La felicidad del pueblo es ley suprema”

“Cómo educa el Estado a tu hijo”

“Por el pan del pueblo”

“La educación sexual de las mujeres”

“El civilizador”

“Almafuerte”

“Política para intelectuales”

¹⁴ Cómo educa el estado a tu hijo, pág. 39

¹⁵ *Ibid.*, pág. 35

¹⁶ La felicidad del pueblo... pág. 125

¹⁷ *Ibid.*, pág. 137